



EL

CORREO DE LA MODA.

ALBUM DE SEÑORITAS.

Periódico de Literatura, Educacion, Música, Teatros y Modas.

SUMARIO. Instruccion: por don A. Pirala.—La Primavera (soneto), por doña Faustina Saez.—María Tudor, reina de Inglaterra (continuacion).—Dos Libros (poesia), por doña Eduarda Moreno y Morales.—Contra Soberbia Humildad (continuacion).—Variedades: Fiestas y Flores, por Gazel.—Modas.—Explicacion del Figurin.

INSTRUCCION.

La Sociedad.

Si además de las ideas generales que hemos manifestado, descendieramos á los pormenores, que no pueden desatenderse, de nuestras relaciones para con la sociedad, seríamos interminables, y ni es este nuestro objeto, ni podríamos cumplirle. Aun cuando llegara uno á conocer todos los caracteres, aun cuando se les hubiera tratado en todas sus demostraciones, no se podrian dar reglas para su trato; tan variados son aquellos, y tanto tiene que modificarse este!

Sucede comunmente en la sociedad que, aun sin haber oido hablar á una persona, consigue ó se enajena nuestras simpatías, y ni nosotros mismos podemos esplicarnos claramente la causa que nos impulsa á un proceder que no está basado en origen razonable; y aun así, son luego enojosas personas que nos han sido simpáticas y vice-versa. Ahora bien, si por la antipatía que sin antecedente alguno nos inspira una persona, se la demostramos desde luego, y á poco tenemos que arrepentirnos porque nos obliga su proceder y sus cualidades á respetarla, á quererla, ¿no sería amargamente triste tan ligera conducta?

Si por el contrario, nos es simpático un sujeto, de cuya conducta puesta en evidencia tenemos que huir, sino avergonzarnos por si le hemos demostrado nuestras simpatías, ¿qué consecuencias no podria atraer nuestra precipitacion?

Citamos estos ejemplos por lo sobrado comunes, y creemos se puede evitar el doloroso arrepentimiento en un caso, y la vergüenza en el otro, procediendo siempre por el impulso de la razon, del juicio.

Esas simpatías que forman en muchas personas los primeros eslabones de una cadena que no se puede romper, que, aunque no vayamos tan adelante, es al menos para otras, el principio de un afecto entrañable, en el que interesa su corazon, hasta su albedrío, porque llega á abdicar de su voluntad; esas simpatías no deben de dejar de ser una especie de benevolencia innata; pero nunca un compromiso que nos ligue á una persona desconocida, mientras no se haya tenido una ocasion de comprender, aunque superficialmente sus sentimientos. Hablamos con la mujer.

Puede el hombre prodigar sus simpatías; pero no ella, que tiene otros deberes, otras consideraciones, que ocupa otro lugar en la sociedad, donde para la mujer todo es vidrioso. Esto es lo que no debia olvidar, y así no contraeria

afecciones inconvenientes, así ahorraría algunas lágrimas.

A. Pirala.

LITERATURA.

LA PRIMAVERA.

Soneto.

Es una niña cándida y hermosa,
De lánguido mirar, dulce semblante
Que con grave apostura y buen talante
Se presenta risueña y vaporosa,
Con túnica sencilla y misteriosa
Que ondula por dó quier leve y radiante,
Y dorado cabello, que brillante
Flota á merced del aura licenciosa.

Al mostrarse en Abril fresca y ligera
La saludan los pájaros cantores,
Y la brisa la arrulla lisonjera;
Céfiro requiriéndola de amores
Su nombre la pregunta. *Primavera*,
La niña dice, derramando flores.

FAUSTINA SAEZ.

HISTORIA.

MARIA TUDOR.—Continuacion.

Su ejército se aumentaba de dia en dia por las deserciones de sus contrarios. La escuadra en que Nortumberland tenia mas esperanza se declaró contra él, en favor de María, y el conde de Huntingdon encargado de levantar tropas en nombre de Juana Grey, las puso á las órdenes de su legítima Soberana. La nobleza y el clero se adhirieron á su causa tambien.

Sin embargo, se preparaba una batalla, de la que dependia su corona, y tal vez su vida.

Llegado el dia, ambos ejércitos se colocaron frente á frente, pero sin dar ninguno la señal de ataque. Nortumberland vió con ira impotente que sus soldados se rendian sin combatir. Esforzóse en vano por atraerlos nuevamente á su causa, y cuando se

conoció irremisiblemente perdido, fué bastante cobarde para arrojar al aire su toca de terciopelo, gritando: «Viva María, reina de Inglaterra!»

Aquella accion no le granjeó mas que el desprecio de los que poco antes estaban á sus órdenes.

Sus mismos oficiales le hicieron prisionero.

—¿Adónde me conducis? les dijo al entregarles su espada.

—Adonde está la Reina, le contestaron.

María se hallaba ya enterada de su prision cuando le anunciaron.

—No quiero verle respondió: que le lleven á la Torre para ser juzgado.

Y volviéndose hácia las personas de su servidumbre, mandó que todo estuviese dispuesto para emprender en el momento su marcha á Lóndres.

Su viaje fué una constante y espontánea ovacion.

Todas las poblaciones á su tránsito parecian querer rivalizar en entusiasmo y adhesion hácia su Soberana. Recibia con bondad aquellas demostraciones, sin detenerse no obstante en su camino.

Cuando el Consejo privado que la habia perseguido poco antes supo su próxima llegada, mandó prender á Juana Grey, á su padre y á su marido, que fueron encerrados en la Torre.

Siguiendo la costumbre establecida por sus predecesores, María se dirigió desde luego á aquella fortaleza, para pasar allí el tiempo que debía mediar hasta su consagracion.

El gobernador la esperaba en la puerta, y la presentó respetuosamente las llaves en una bandeja de plata.

La Reina se encaminó hácia la capilla, para dar gracias á Dios por los triunfos que acababa de conseguir. Cerca de la entrada estaban aguardándola para implorar su clemencia gran número de prisioneros. Al verla cayeron todos de rodillas.

Gardiner, obispo de Winchester, y Bonner que lo era de Lóndres, encargados por sus compañeros de prision, se aproximaron á la Reina para pedirle en nombre de todos que les concediese la libertad.

María no les permitió continuar su discurso.

Tendióles las manos para ayudarles á levantar, diciéndoles:

«María no puede tener mas que huéspedes, y no prisioneros, en los lugares que habite.»

Y aquella misma tarde fueron restituidos á todos sus bienes y dignidades.

VII.

Después de orar un rato en la capilla, con ese placer que causa la realización de una acción generosa, la Reina se retiró á su habitación.

Necesitaba descansar de las fatigas de su viaje, y por primera vez desde su salida de Newall iba á entregarse tranquilamente al sueño.

Una de sus damas se presentó:

—Señora, la dijo, Fránces de Suffolk solicita permiso para ver á V. M.

—¿La madre de Juana Grey? repuso vivamente María.

—Sí, señora, pero la he dicho que ahora es imposible.

—No, al contrario: llámadla, dijo la Reina.

La duquesa entró.

—¿Qué queréis? la preguntó María.

—Vengo á pedirlos, señora, la libertad de mi marido que se halla enfermo, contestó la duquesa con timidez.

La Reina fijó en ella sus ojos y calló, como esperando que continuase, pero la duquesa nada más añadió.

—Venís, repuso entonces María recalando sus palabras, á pedirme que dé libertad á vuestro marido... y se detuvo, pero con su mirada penetrante parecía terminar su frase como preguntándola, «y nada más?»

La duquesa guardó silencio.

María no podía convencerse de que no implorara también al mismo tiempo gracia para su hija. Fué por temor ó por egoísmo, ello es que no pronunció una sola palabra en su favor.

Entonces la Reina la dijo con frío desden:

—Podeis marcharos con vuestro esposo: quedais libres desde este momento.

Y la hermosa Juana Grey y su esposo fueron los únicos que continuaron en la Torre, de los muchos prisioneros que habia pocas horas antes.

Este rasgo de clemencia en favor de encarnizados enemigos de María, no han dejado de consignarlo los historiadores que la llamaron la *Sanguinaria*. No fué el último, como veremos más adelante.

VIII.

Pasados algunos días, la Reina salió de la Torre para ser coronada en Westminster. Montaba un caballo blanco, cuya gualdrapa bordada en oro y pedrería le cubria casi hasta el suelo. A un lado

iban, su hermana la princesa Isabel, y la buena é impasible Ana de Cleves, única esposa que sobrevivía á Enrique VIII. Trescientas damas de la primera nobleza montadas en soberbios caballos formaban su comitiva.

A estas seguían los miembros del Consejo, los de la Cámara, y todos los caballeros de la corte.

Celebróse con gran pompa la ceremonia religiosa, y durante su tránsito no cesó la Reina de ser aclamada con entusiasmo por la inmensa multitud que se agolpaba para verla.

Desde aquel día sus consejeros Bonner, Gardiner y el Embajador de España no dejaron de representarla lo conveniente que sería para la nación y para el sostenimiento de la religión católica, el que eligiese un esposo entre los príncipes sus aliados, ó sus súbditos ingleses.

No mereciendo lo último la aprobación de la Reina, escribió consultándole sobre este importante asunto á su tío el emperador Carlos V.

El Emperador la contestó: «Yo soy demasiado viejo; el rey de Francia está casado: no veo nadie que pueda conveniros, á no ser mi hijo D. Felipe, Príncipe de Asturias.

Leyó la Reina aquella carta á sus consejeros, y desde aquel momento entabláronse negociaciones entre las cortes de Inglaterra y España.

Uno de los primeros actos de su advenimiento al trono, fué el de reformar un abuso de los reinados anteriores. La avaricia de los gobernantes no hallando otro medio legítimo de verse satisfecha, apeló á un fraude vergonzoso alterando el valor de la moneda. María, no solo restableció el título antiguo y legítimo, sino que mandó acuñar nuevas monedas de oro y plata á costa del erario: lejos de gravar por eso al pueblo, renunció en beneficio suyo uno de los subsidios votados por el Parlamento en favor de la corona.

No contenta todavía con un bien que recaía sobre todos, se ocupó en alentar las artes y el comercio, adoptando trajes suntuosos y joyas: su ejemplo fué seguido por los cortesanos, para quienes siempre los deseos del soberano son una ley.

(Se continuará.)

DOLORES CABRERA Y HEREDIA.



DOS LIBROS.

(En un Album.)

Qué es un Album? Un libro. Qué es la vida?
Otro libro tambien. En éste, el tiempo
Como en aquel, el hombre graba hermosas
Páginas de amargura ó de consuelo.

Y al recorrer sus hojas, llanto amargo
Transidas de dolor, Juana, vertemos,
O la sonrisa nuestro rostro baña,
De otra edad mas feliz con el recuerdo.

Informe mezcla de dolor y dicha,
Para amalgama de ventura y duelo;
Conjunto extraño de placer y llanto....
—Hé aquí de nuestra vida el libro eterno.

Y es otra cosa un Album? Abre el tuyo
Y en él encontrarás, ya un pensamiento,
Con lágrimas escrito, ó ya una frase
Impregnada de dicha y de consuelo.

Que el placer y el dolor son los dos ejes
Sobre que rueda el universo entero,
Con cuanto en él existe; desde el hombre
Hasta el mas miserable y vil insecto.

Yo tambien, cara amiga, ante mis ojos
El Album de mi vida tengo abierto,
Y en sus hojas, amores, desengaños,
Ilusiones, delirio solo leo.

De él he arrancado la presente página,
Y aunque indigna del tuyo la contemplo,
En él la puse, como lazo santo,
Que unirá de la vida el Album nuestro.

EDUARDA MORENO Y MORALES.

Granada, 15 Enero de 1856.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

SEGUNDA PARTE.

(Continuacion.)

Pareciale por otra parte tan lisonjero el cargo
que se le habia encomendado, que olvidándose de
sus propias penas, iba, venia, daba disposiciones
para cuidar al enfermo por la noche, de manera que
nada le faltase; y la fiel y antigua criada, que ape-
gada toda la vida á la casa como la ostra á la peña,
no habia querido abandonarlas, se vió en aquella

noche trasportada á los buenos tiempos en que tan-
to se esmeraba en preparar la cena para los nu-
merosos amigos de sus amos.

Aunque juiciosa para sus pocos años, tambien
participaba Inés de la frivolidad de que casi siem-
pre adolecen las mujeres jóvenes y bonitas, y ha-
llábase tan satisfecha con su improvisada tarea
de ama de casa, que no se fijó un momento en que
Jorge era un hombre desconocido, y que iba á vi-
vir allí con ella, jóven, hermosa y sin mas escudo
que una criada semi-imbécil de puro vieja, y una
madre muda y paralítica.

En cuanto á ésta, que nada perdía de vista, y
que en cambio de su falta de voz, poseia una per-
cepcion esquisita, estaba tranquila, porque era ella
la que habia indicado á Jorge como un hombre de
bien, y estaba segura de que no se habia enga-
ñado.

El carácter de Jorge era sin duda alguna el mas
á propósito para captarse la voluntad de Inés, que
prendada de aquella ruda franqueza, iba perdiendo
el miedo, hasta el punto de que entretenida con
las exageradas narraciones del antiguo soldado, ca-
si se habia olvidado del enfermo, al que no se ha-
bia atrevido aun á mirar de cerca.

Un quejido que salió de la alcoba interrumpió
aquel sencillo cuanto alegre coloquio, Jorge corrió
hacia la cama de su señor, y sonrojándose Inés de
no haberse acercado todavia á su cabecera, se atre-
vió á asomarse por detrás de Jorge, encarnada co-
mo una cereza, silenciosa como una aparicion ce-
leste, y saludando al enfermo con una sonrisa en-
cantadora.

El jóven estreabrió los ojos, miró en derredor,
como si quisiese recordar alguna cosa, y fijando
en Inés una mirada, en la que se reflejaba su dulce
sorpresa, volvió á cerrarlos, haciendo seña á Jor-
ge para que se acercase; y murmurando con voz
apenas perceptible:

—Qué hermosa es!

Inés al verle con los ojos cerrados se atrevió á
inclinarse sobre el lecho, examinando con interés
las hermosas facciones del caballero, que murmu-
raba dulcemente como un niño dormido.

—Dónde está?

La jóven ruborizada corrió á esconderse detrás
de la grosera cortina que envolvía por la noche á
manera de biombo la cama de la paralítica, recos-
tándose á los piés de su madre para descansar al-
gunos momentos.

Jorge no se atrevió á interrumpir el sueño de
su amo, cuya respiracion espiaba con el cariño de

una madre que vela á su hijo, y pasó la noche haciendo centinela á la cabecera de la cama.

Inés no podía conciliar el sueño, y á pesar suyo escuchaba atenta al mas leve rumor que salía de la alcoba.

Pensaba en Teresa, en la lucha que iba á emprender para arrancarla de París, y siempre venía á mezclarse con sus pensamientos y sus deseos, la idea del herido, con sus nobles facciones, con sus dulces palabras, que resonaran como una música celeste en sus castos oídos, despertando una inquietud desconocida en su tranquilo corazón.

IV.

SUSPIROS.

Como entra amor en el alma
En verdad que no se sabe,
Pero ello es, que él tiene llave
Para abrir el corazón;
Y una palabra, un suspiro
Dicho ó exhalado apenas,
Son á veces las cadenas
Con que ata nuestra razón.

Apenas la aurora empezó á iluminar con su luz blanquecina el horizonte, saltó Inés de la cama con el mayor sigilo para no turbar el sueño de su madre, y dirigiéndose á la alcoba, tocó ligeramente el hombro de Jorge, que se había apoyado un momento contra la pared, y que volvió al instante la cabeza, cansado y soñoliento como el que mas.

—Jorge, le dijo Inés en voz apenas perceptible, id á descansar algunas horas mientras yo me quedo al lado del señorito: allá en la cocina teneis un jergon con manta y ropa limpia; dormid sin cuidado que yo velo.

Jorge, rendido de sueño, se encaminó sin replicar hacia la cocina, pero apenas había dado algunos pasos volvió á entrar en la sala.

—Diablo! se me olvidaba, dijo acercándose á Inés con familiaridad, se me olvidaba decirte que el amo no se ha despertado en toda la noche de esa especie de sueño, y que si despierta, es preciso que beba de esa taza.... ¿Entiendes, chica?

Por la primera vez de su vida Inés se ruborizó al oírse tratar con tanta llaneza por un criado; con esa intuición de los corazones apasionados adivinó que el enfermo escuchaba aquella conversacion, y solo respondió á Jorge con una inclinación de cabeza.

En efecto, apenas Jorge había salido de la sa-

la, el enfermo entreabrió los labios, y mirándola fijamente le hizo seña para que se acercase.

—Escucha, le dijo con voz débil, ¿por qué te tutea Jorge?

—Señor, balbuceó Inés, poniéndose encarnada como la grana, porqué.... porque soy pobre.

—Cómo te llamas?

—Inés.

—Pues ven, Inés, cuéntame tu vida....

—Yo, señor! no tengo vida, respondió con una vivacidad encantadora.... es decir, vida de historia.... vida....

—Te comprendo.... tu vida será como tu rostro, la vida de la flor de los campos, saludada solo por el rocío del cielo y la luz del sol... Pues bien, yo quiero saber cómo han corrido tus hermosos días, quién eres, de dónde vienes, adónde vas... cuáles son tus esperanzas?

Inés no sabía lo que le pasaba, estaba agitada sin saber porqué, y no se atrevía á levantar los ojos hasta el enfermo, de miedo de despertar un remordimiento en su conciencia. ¡Era tan dulce su voz, tan rasgados sus ojos, tan melancólica su sonrisa!

¿Había Inés amado alguna vez? Difícil era en verdad, aun para ella misma, responder á esta pregunta. Había amado á Francisco con ese amor rústico tal como él le comprendía, con ese amor que lleva envuelta la idea de ser el apoyo de sus padres, y heredar el caserío que se ha de transmitir á los hijos, con ese amor material de los labriegos, que casi nunca enciende una chispa de entusiasmo, ni hace verter una lágrima de desesperación.

Pero Inés, buena y sensible, había consagrado á ese amor toda su dicha, y tal como era, le aceptara de corazón, cifrando en él toda su felicidad y sus esperanzas.

Roto aquel lazo por la muerte, nunca se le había ocurrido que quedaba libre para aspirar á otro destino mejor, y solo cuando oyó las palabras del herido, brotó en su imaginación la idea de otro amor, mas tierno, mas espiritual, mas en armonía con sus delicados sentimientos, y sintió que su corazón palpitaba con nueva fuerza como si quisiera salirse del pecho.

La humildad vino á destruir con una verdad amarga su ilusión naciente, y Inés se sintió avergonzada como un ladrón cogido en fragante delito.

¿Quién era ella, miserable aldeana, para alzar los ojos hasta un noble, joven, hermoso, y rico á la vez?

Se sonrojó, suspiró, y cuando el herido con esa

tenacidad peculiar á los enfermos, repetia una y otra vez:

—Tu vida quiero saber, tu vida....

Inés respondió bajando los ojos.

—Mi vida! ya os he dicho, señor, que no tengo vida.... soy pobre.... huérfana.... no he salido nunca de Argandenes.... esperanzas.... no las hay para mí.

Y asomaron á sus ojos algunas lágrimas que en vano trató de reprimir.

—Huérfana! repitió el enfermo con alegría.... ¿Luego estás sola? luego eres libre? y dices que no hay esperanzas para tí!

—No, no, señor; soy huérfana, es verdad, pero no estoy sola, ni soy libre.... allí detrás de aquellas cortinas duerme mi madre, que se ha quedado muda y paralítica hace algunos meses.

—Pobre mujer! dijo el enfermo con dulzura, ¿y por qué no habeis puesto los medios para devolverle la salud, que es la vida?

Inés se puso aun mas encendida, porque el encarnado mas subido es el de la vergüenza.

—Ah! ya comprendo.... careceis de medios.... pero Dios proveerá.... No es verdad, Inés, que serias muy feliz si pudieses devolver á tu madre la salud?

—¡Oh!! exclamó Inés juntando las manos con exaltacion.

(Se continuará.)

ROBUSTIANA ARMIÑO DE CUESTA.

VARIEDADES.

FIESTAS Y FLORES.

I.

La primavera del año y la primavera de la mujer son en Madrid dos estaciones gemelas.

Ni del sol de Mayo ni de las promesas de las niñas de quince abriles se puede fiar un hombre para nada.

Porque las niñas á esta edad son tan volubles, tan inconstantes, como los meses de la estacion de Flora, aunque á la vez sean tan hermosas como ellos.

Apenas habrá proyecto de fiesta, romería ó paseo, que no se haya agnado en estas últimas seis semanas.

Y, sin embargo, despues de cada una de esas ligeras nubes que los labradores llaman *cabrillas*, y que consideran como avisos de abundantes cosechas, los campos aparecen con nuevas galas, las flores con mas vivos y frescos matices, y los árboles con nuevas y brillantes hojas. La luz del sol infunde mas alegría, las aguas de las fuentes y los arroyos parecen mas claras, y el canto de las aves mas armonioso; como despues de las lágrimas aparece mas dulce el consuelo, despues del encierro la libertad, y despues de una tempestad de quejas, una sonrisa de amor.

II.

El mes de Mayo, al cual los árabes llamaban *Ramadan*, los egipcios *Panís*, los hebreos *Haziran*, los caldeos *Suyan*, los griegos *Artemisio*, los macedonios *Tauro*, los atenienses *Seyrophorion*, los bithinios *Hiractyos*, y los alemanes *Mey*, toma su nombre al decir de Cingio de Maya, mujer de Vulcano; y por esto en las Calendas de este mes hacia fiestas en su honor la religion pagana.

Es el mes de las flores y de las fiestas populares, de las serenatas nocturnas y de las expediciones campestres, y uno de los que mas versos ha arrancado de la épica Clio. *El Cinco de Mayo* lleva por título la mejor oda de Manzoni, y al *Dos de Mayo* han cantado casi todos los poetas españoles, siquiera no haya sido dado á todos hacerlo con el colorido y la entonacion que á Gallejo y á Espronceda.

Este es el mes en Madrid de los paseos matinales al Buen-Retiro, á la Castellana, á las orillas del Manzanares, y á la Montaña del Príncipe Pio, y en Andalucía de muchas de las fiestas mas pintorescas y animadas, tales como las de las Cruces de *Triana* y los *Humeros*, la romería á la Virgen del Rocío, y la velada del Corpus en Sevilla.

Mayo por último es el verdadero mes de las flores; en las campiñas, en los paseos, en la Plaza Mayor donde yo las busco, en los rizados de las mujeres, en las manos, en la boca, en la pluma, en todas partes se encuentran; hasta las frescas y li-

geras auras van henchidas de la aromática esencia que á su paso por los huertos recogen.

El cierra las puertas de las universidades y de los teatros cuando las flores empiezan tambien á plegar sus hojas para defender sus cálices de los rayos del sol.

III.

Tambien es en Mayo la bulliciosa romeria madrileña á *San Isidro del Campo*.—Ayer la presenciasteis.—Trueba, el Berenger español, la ha cantado, y mas de un escritor de costumbres la ha descrito. ¿Qué os podria decir *Gazél* de ella que ya no tengais sabido?

En su lugar os diré algo de las fiestas de las *Cruces* y del Rocio en Sevilla.

IV.

La popular costumbre de la *Cruz de Mayo*, descrita ya por Flores en este periódico, por lo cual yo me he abstenido de describirla, dá márjen en la capital de Andalucía á dos alegres novenas, una série de veladas, algunos bailes y no pocas riñas.

En la puerta de Triana, y en el barrio de los *humeros*, pasado San Juan de Acre, hay dos cruces que el dia *tres* de Mayo adornan dos gremios, ó clases del pueblo, los toneleros y carboneros, con multitud de faroles, cintas, guirnaldas y ramos. Al rededor de estas cruces, rivales por el empeño que las hermandades citadas ponen en adornarlas, pasan bailando, cantando, bebiendo y disparando cohetes, una porcion de noches los mozos y muchachas de ambos barrios; sucediendo á veces que celoso un gremio de las ventajas que le lleva la cruz del otro, se va en tropel á ella y mete la fiesta á barato.

Estas puede decirse que son las primeras veladas andaluzas; luego vienen las del Corpus, San Juan, y otras.

La costumbre de adornar las cruces era antes mas general: aun por el centro de la poblacion se adornan algunas, tales como la *cruz verde*, la de *calle Lino*, y otras cuyos nombres no recordamos, si bien con menos lujo que las arriba citadas; y en

el Museo se conserva todavia como una obra notable la célebre *cruz de la Cerrajería*.

V.

La fiesta á la Virgen del Rocio tiene lugar en el *Coto de la loma del grullo*, distante unas nueve leguas de Sevilla, y donde entre una porcion de ventas se alza la ermita de la Virgen.

Allí en pintoresca y alegre romeria acuden de Triana, Pilas, Alcázar, Villamanrique, una porcion de hermandades en carretas coronadas de flores, y sujetas por lazos y guirnaldas. Los bueyes llevan desmesurados frontales rematados por cintas y alhamares, y en la carreta primera de cada grupo va el estandarte de la cofradia.

Al rededor de estos perezosos trenes van los macarenos en los lijeros potros andaluces y sobre las matizadas mantas de seda, ó las monturas jerezanas, ya platicando con las mozas de las carretas ó ya paseando orgullosos la resuelta maja que llevan á las ancas de su caballo.

La fiesta dura *tres* dias, y en la tarde del primero es la procesion por medio del campo donde están alojados los romeros en tiendas y posadas.

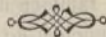
A la salida de la Virgen aquel animado campamento rompe en alegres vivas y se disparan cohetes, y hasta se tiene á los bueyes enseñados á doblar las rodillas cuando pasa la procesion.

Acuden á esta festividad los ciegos, los cojos, los mudos, y cuantos padecen alguna enfermedad crónica con la esperanza de que en tocando las andas de la Virgen quedan curados, y es tanta la devocion con que se hace esta popular y pintoresca ceremonia, que no hay pendencia que al grito de ¡viva la Virgen! no quede cortada.

VI.

Ya veis, pues, bellas lectoras, como Mayo es el mes mas querido de las flores y de las niñas. De las primeras porque es la época de su reinado. De las segundas porque sus muchas y alegres fiestas, su apacible temperatura, sus frescas galas les convidan á lucir las suyas, cien veces mejores que las de la estacion de Flora para el revistero

GAZEL.



MODAS.

La Moda á pesar de sus infinitas trasformaciones no satisface por completo á ciertas exigencias, que mas volubles que ella sueñan siempre con el movimiento continuo. El buen gusto, sin embargo, está por variaciones progresivas mas bien que por reformas radicales, en que rara vez deja de salir perjudicado con exageraciones que el uso tiene despues que modificar.

El corte actual de los vestidos ha llegado á tal altura de perfeccion y buen tono, que las modistas no ensayan sino ligeras alteraciones apenas perceptibles.

Suponemos á nuestras lectoras satisfechas con las revistas anteriores, y que llenará sus deseos la esplicacion del figurin. Añadirémos algunos apuntes para un traje de amazona, y esta si que es verdaderamente una exigencia razonable en lo avanzado de la estacion.

El vestido que tomamos por modelo se compone de chaqueta de casimir, color de lila, guarnecida de una cinta ancha de terciopelo negro, que figura tambien por delante de alto abajo ojales á lo mosquetero: no lleva cuello, y el delantero no se abotona, sino desde la cintura al medio del pecho: desde allí continúa en forma de chal, quedando descubierta la camiseta, con cuello doblado, y corbata de seda negra. El talle viene á la cadera; la aldeta tiene mucho vuelo y veinte centímetros de larga: la manga casi ajustada y sin vuelta. La falda es de merino negro, muy larga, formando cola de sesenta centímetros. Un sombrero de paja con pluma y cintas blancas completan este traje.

AURORA PEREZ MIRON.

Explicacion del Figurin.

FIG. 1.^a Vestido de glasé, color de moda, de mil rayas atravesadas, con florecitas verdes. Chaqueta-basquine de grós negro con adornos de cinta, y botoncitos de seda. Esta prenda es alta, cerrada y bastante ajustada: los delanteros de su larga aldeta, son de una pieza con el cuerpo: el resto de ella va tambien unido al mismo, por una costura muy fruncida, de modo que forme un

plegado de mucha amplitud todo al rededor, así en las caderas como por detrás. La manga es corta por la parte superior, y de un mediano ancho, terminando con un volante, que forma tres pliegues gruesos. Los adornos consisten en series de cintas colocadas en forma piramidal del modo siguiente: en la que cubre la manga, la primera cinta, colocada en el bajo deberá tener de 18 á 20 centímetros, y las demas vienen en disminucion hasta la última, que se coloca en la costura del hombro: todas ellas llevan un boton en cada extremo. En cada pliegue de la manga y en los que hace la aldeta hay otro adorno en la misma forma; el del pecho tiene la que presenta el figurin: en la espalda la cinta mas larga se coloca en lo alto, y la mas corta en la cintura. La manga blanca se compone de un hueco de muselina, con dos guarñiciones de encaje: un rizado de este mismo punto sirve de cuello. Sombrero de crespon, rosa, con adornos de cintas y flores del mismo color y blondas blancas.

FIG. 2.^a Vestido escotado, de tafetan verde claro. La falda lleva siete volantes, que principian en el talle, guarnecidos de un rizado de cinta de seda color de malva. La manga es corta y hueca, y sobre ella hay un adorno de lazos de cinta: la interior ó blanca, es un hueco de tul, sostenido en un puño de lo mismo, por cuyo centro pasa una cinta, color de malva, y que termina en un volante de encaje. Encima del cuerpo del vestido se pone un fichú *Eugenia*, que figura camiseta cerrada, formando punta, por delante y por detrás: este fichú se arma en un tul engomado, y se compone de un rizado de tul, que cierra la camiseta en el cuello: sigue una cinta, color de malva, fruncida en su medio, para que forme un escarolado ligero: despues dos folladitos de tul: otra cinta fruncida y así alternativamente hasta el bajo. Este adorno de pecho lleva á cada lado otra cinta mas ancha, de color de malva, que forma tirantes: recogida en la cintura, tiene todo su ancho en el hombro, en donde pasa por una presilla que hay entre los lazos, que ya hemos dicho. Un lazo doble con puntas flotantes de la misma cinta, termina el fichú en la cintura por delante y por detrás. Los adornos del pelo deberán corresponder á los colores del vestido.

